

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso Múrrino preciado;
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó como si fuera plata neta,
De cristal trasparente y luminoso.
Sin la templanza ¿viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada
Como sueles venir en la saeta,
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, demuéstrame cubierta,
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir, vana y pomposa,
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura ménos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es ménos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte

Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte.
Y ¿no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé; rompi los lazos.
Vén y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros
[brazos.

LUIS DE GÓNGORA

ROMANCES.

I.

Servia en Orán al Rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche,
Cuando tocaron al arma.
Trescientos Cenetes eran
Deste rebato la causa;
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas;
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas:
Y ellas al enamorado,

Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.

Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros

Le dice aquestas palabras:

«Salid al campo, Señor,
Bañen mis ojos la cama;
Que ella me será tambien,
Sin vos campo de batalla.

» Vestíos, salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Yo os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.

» Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho,
Y no habeis menester armas.»

Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así: «Mi señora,
Tan dulce como enojada,

» Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.

» Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.»

II.

Aquel rayo de la guerra,
Alférez mayor del reino,
Tan galan como valiente
Y tan noble como fiero,

De los mozos envidiado
Y admirado de los viejos,
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo;

El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo;

El que vistió las mezcuitas
De venturosos trofeos,
El que pobló las mazmorras
De cristianos caballeros;

El que dos veces armado
Más de valor que de acero,
A su patria libertó
De dos peligrosos cercos;

El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le convida el Rey,
O el amor, que es lo más cierto.

Servia á una mora el moro
Por quien el Rey anda muerto,
En todo extremo hermosa,
Y discreta en todo extremo.

Dióle unas flores la dama,
Que para él flores fueron,
Y para el celoso rey

Yerbas de mortal veneno,
Pues de la yerba tocado,
Lo manda desterrar luego,
Culpando su lealtad
Para disculpar sus celos.
Sale pues el fuerte moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió, y le paci6 el heno,
Con un hermoso jaez,
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro.
Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y airoso huello
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre una marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto
Por vestirse los colores
De su inocencia y su duelo.
Bord6 mil hierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra,
Que dice: «Estos son mis hierros.»
Bonete lleva turquí,
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre 6l tres plumas presas
De un precioso camafeo.
No quiso salir sin plumas,
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento.
No lleva m6s de un alfanje
Que le di6 el rey de Toledo,

Porque para un enemigo
El le basta y su derecho.
Desta suerte sale el moro
Con animoso denuedo
En medio de los alcaides
De Arjona y de Marmolejo.
Caballeros le acompa~an,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas por do pasa
Se asoman llorando á verlo.
L6grimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertieron.
La bellísima Balaja,
Que llorosa en su aposento
Las sinrazones del rey
Le pagaba en sus cabellos,
Como tanto estruendo oy6,
A un balcon sali6 corriendo,
Y enmudecida le dijo
Dando voces con silencio:
«Vete en paz, que no vas solo,
Y en tu ausencia ten consuelo;
Que quien te echa de Jaen
No te echar6 de mi pecho.»
El con el mirar responde:
«Yo me voy y no te deajo;
De los agravios del rey
Para tu firmeza apelo.»
En esto pas6 la calle,
Los ojos atr6s volviendo
Cien mil veces, y de And6jar
Tom6 el camino derecho.

III.

Amarrado á un duro banco
De una galera turquesa,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena:
«¡Oh sagrado mar de España,
Famosa playa y serena,
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias!
»Pues eres tú el mismo mar
Que con sus crecientes besas
Las murallas de mi patria,
Coronadas y soberbias,
»Traéme nuevas de mi esposa
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras;
»Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en su arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
»Dame ya, sagrado mar,
A mis demandas respuesta;
Que bien puedes si es verdad
Que las aguas tienen lenguas;
»Pero, pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.

»Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie matarán penas.»
En esto se descubrieron
De la religion seis velas,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

V.

Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido
O lo perdonó por pobre,
Do la paz viste pellico
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte,
Mal herido y bien curado
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle Amor flecha,
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Límpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde

Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas
Porque labren sus arpones
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.

Ya la regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por dónde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,
Ya despide el primer golpe
Centellas de agua: ¡oh piedad,
Hija de padres traidores!

Yerbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas;
Los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.

Enfránale de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven
Y las sordas piedras oyen;

Y la que mejor se halla
En las selvas que en la corte
Simple bondad al pio ruego
Cortesmente corresponde.

Humilde se apea el villano

Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.

A su cabaña los guía,
Que el sol deja su horizonte
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.

Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.

Las manos pues, cuyos dedos
Desta vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles.

Y le entregan, cuando ménos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adónis.

Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando
A un áspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende
Y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas
Son sus roncós atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella
Vuela el cabello sin órden;
Si lo abrocha, es con claveles,
Con jazmines si lo coge.

El pié calza en lazos de oro,
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por piés
La hermosura del orbe.

Todo sirve á los amantes,
Plumas les baten veloces,
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruseñores.

Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol
O que en lágrimas de bronce.

No hay verde fresno sin letra
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle *Angélica* suena,
Otro *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio apenas
Deja que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos

Apesar de sus errores.

Choza pues, tálamo y lecho,
Contestes destes amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

VII.

A Marica.

Hermana Marica,
Mañana, que es fiesta,
No irás tú á la amiga
Ni yo iré á la escuela.

Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezón labrado,
Toca y albanega;

Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña;

Y si hace bueno
Traeré la monterera
Que me dió la Pascua
Mi señora agüela,

Y el estadal rojo
Con lo que le cuelga,
Que trujo el vecino,
Cuando fué á la feria.

Irémos á misa,
Verémos la iglesia,
Darános un cuarto
Mi tia la ollera.

Compraremos dél,
Que nadie lo sepa,

Chochos y garbanzos
Para la merienda;
Y en la tardecita,
En nuestra plazuela,
Jugaré yo al toro
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Madalena,
Y las dos primillas,
Marica y la tuerta;
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto dello
Bailar en la puerta;
Y al son del adufe
Cantará Andregüela;
«No me aprovecharon,
Mi madre, las yerbas;»
Y yo de papel
Haré una librea,
Teñida con moras
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almenas;
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo,
Que acullá en la huerta
Anaranjeamos
Las Carnestolendas;
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas;
Y en mi caballito

Pondré una cabeza
De guadameci,
Dos hilos por riendas;
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas
Yo y otros del barrio
Que son mas de treinta.
Jugarémos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea;
Bartola, la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca,
Porque algunas veces
Hacemos yo y ella
Las bellaquerías
Detrás de la puerta.

LETRILLAS.

I.

*En el almoneda
Ten la barba queda.*
Mancebo orgulloso,
Que aunque barbas peinas,
Es tu edad tan corta
Como tu experiencia,
Ni en amor confies
Ni en mujeres creas;
Que su fé es fingida
Y su ley es secta.
Olvidadas quieren,

Queridas desprecian,
Lo bueno aborrecen,
Lo malo desean.
Son Julio en calor,
Octubre en tibieza,
Febrero en mudanza
Y Marzo en la vuelta.
Son quien de ellas hace
Amor almoneda;
Con lascivo engaño
A verlas se lleva.

En el almoneda, etc.

Hallarás figuras,
En Damasco hechas,
Quiero decir damas
Que es un asco vellas.
Verás trasformada
En blanca una negra,
Que lo que parece
No darás por ella.
Verás convertidas
En rubias mil trenzas,
Que las martirizan
Porque se conviertan.
Hallarás de dientes
Algunas aceras,
Con vecinos nuevos,
Que el arte los puebla.
Advertido de esto,
Mira lo que mercas;
Y porque despues
No te tires de ella,

En el almoneda, etc.
Doncella hallarás
Que ya ha sido suegra,

Y con todo aqueso,
Quiere ser doncella.
Casada hay que libra
En sí misma letras
Para el mismo día
Que á caer la llevan.
Viudas de Siqueo
Hay que á quien las ruega
Solamente el sí
Tienen de Siqueas.
Hallarás allí
Mil sueltas solteras,
Que si el mal es patria,
Son finas francesas.
Estas y otras cosas
Similes á estas
Verás por el tiempo
Que durare el verlas.

En el almoneda
Ten la barba queda.

II.

La más bella niña
De nuestro lugar,
Hoy viudita y sola
Y aver por casar,
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice
Que escuche su mal:

Dejadme llorar
Orillas del mar.

Pues me diste, madre,
En tan tierna edad

Tan corto el placer,
Tan largo el pesar,
Y me cautivastes
De quien hoy se va
Y lleva las llaves
De mi libertad,
Dejadme llorar, etc.
En llorar conviertan
Mis ojos de hoy más
El sabroso oficio
Del dulce mirar,
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra
Quien era mi paz.
Dejadme llorar, etc.
No me pongáis freno
Ni queráis culpar;
Que lo uno es justo,
Lo otro por demás.
Si me quereis bien
No me hagáis mal;
Harto peor fuera
Morir y callar.
Dejadme llorar, etc.
Dulce madre mía,
¿Quién no llorará,
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los más verdes años
De mi mocedad?
Dejadme llorar, etc.
Váyanse las noches,

Pues ido se han
Los ojos que hacian
Los míos velar;
Váyanse, y no vean
Tanta soledad
Después que en mi lecho
Sobra la mitad.
Dejadme llorar
Orillas del mar.

III.

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy,
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mía no soy.
La aurora ayer me dió cuna,
La noche ataud me dió,
Sin luz muriera, si no
Me la prestara la luna,
Pues de vosotras ninguna
Deja de morir así.
Aprended, etc.
Consuelo dulce el clavel
Es á la brevedad mía,
Pues quien me concedió un día,
Dos apenas le dió á él;
Efímeras del vergel,
Yo cárdena, él carmesi.
Aprended, etc.
Flor es el jazmin y bella,
No de las más vividoras,
Pues vive pocas más horas
Que rayos tiene de estrella;
Si el ámbar florece, es ella

La flor que contiene en sí.

Aprended, etc.

El alhelí aunque grosero,
En fragancia y en olor,
Más días ve que otra flor,
Pues ve los de mayo entero;
Morir maravilla quiero,
Y no vivir alhelí.

Aprended, etc.

A ninguna flor mayores
Términos concede el sol
Que al sublime girasol,
Matusalen de las flores;
Ojos son aduladores
Cuántas en él hojas vi.

*Aprended, flores, de mi
Lo que va de ayer á hoy,
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mía no soy.*

IV.

Dineros son calidad,

Verdad.

Más ama quien más suspira,

Mentira.

Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan condados;
Ducados dejan ducados.
Y coronas majestad:

Verdad.

Pensar que uno solo es dueño
De puertas de muchas llaves,

Y afirmar que penas graves
Las paga un mirar risueño,
Y entender que no son sueños
Las promesas de Marfira:

Mentira.

Todo se vende este día,
Todo el dinero lo iguala;
La corte vende su gala,
La guerra su valentía;
Hasta la sabiduría
Vende la universidad:

Verdad.

No hay persona que hablar deje
Al necesitado en plaza;
Todo el mundo le es mordaza,
Aunque él por señas se queje;
Que tiene cara de hereje
Sin fé la necesidad:

Verdad.

Siendo como un algodón,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidon,
Goma su capote, y son
Sus bigotes alquitira:

Mentira.

Cualquiera que pleitos trata,
Aunque sean sin razón,
Deje el río Marañón,
Y entre en el de la Plata;
Que hallará corriente grata
Y puerto de claridad:

Verdad.

Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas

Son perros de muchas bodas,
Y bodas de muchos perros;
Y sus yernos rompen hierros,
En la toma de Algecira:

Mentira.

v.

Que pretenda el mercader,
Sin que al grande y sin que al chico
Restituya un alfiler,
En nombre de Dios tener
Lo que ganó en Puerto-Rico:
¡Oh qué lindico!

Que disimule nn pariente,
Sin que á risa me provoque,
Que en el espejo luciente
Nunca se ha visto la frente
Coronada de alcornoque;
¡Oh qué lindoque!

Que una necia que bien charla,
Dama entre picaza y mico,
Me quiera obligar á amarla,
Siendo su pico de Parla,
Y de Jetafe su hocico:
¡Oh qué lindico!

Que piense un bobalicon
Que no hay quien su dama toque,
Y en la casa del rincon
Sé que la tomó un peon,
Y que no la quiere un Roque:
¡Oh qué lindoque!

Que pretenda un estudiante,
Sin que sea galan ni rico,
Rendir á doña Violante

Con hacer muy de lo amante,
Sin dejar flaco el bolsillo;
¡Oh qué lindico!

vi.

*Ande yo caliente,
Y riase la gente.*

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis días
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente;
Y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
El príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados;
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero más una morcilla
Que en el asador reviente;
Y riase la gente.

Cuando cubran las montañas
De plata y nieve el enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas
Del rey que rabió me cuente;
Y riase la gente.

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles;
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente;
Y riase la gente.

Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo más quiero pasar
De Yépes á Madrigar
La regalada corriente;
Y riase la gente.

Pues amor es tan cruel,
Que de Píramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él;
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente;
Y riase la gente.

VII.

Un buhonero ha empleado
En higas hoy su caudad;
Y aunque no son de cristal,
Todas las ha despachado.
Para mí le he demandado
Cuando verdades no diga

Una higa.

Al necio que le dan pena
Todos los ajenos daños,
Y aunque sea de cien años,
Alcanza vista tan buena,
Que ve la paja en la ajena,
Y no en la suya dos vigas,

Dos higas.

Al galan que le dan jaque
Con una dama atreguada,
Y mas bien peloteada
Que la Coruña del Draque

Y fiado del zumaque,
Le desmiente dos barrigas,
Tres higas.

Al marido que es ya llano,
Sin dar un maravedí,
Que le hinche el alholí
Su mujer cada verano,
Si piensa que grano á grano
Se lo allegan las hormigas,
Cuatro higas.

Al que pretende más salvas
Y ceremonias mayores
Que se deben por señores
A los Infantados y Albas,
Siendo nacido en las malvas
Y criado en las hortigas,
Cinco higas.

Al pobre pelafastan
Que de arrogancia se paga,
Y presenta la viznaga
Por testigo de faisán,
Viendo que las barbas dan
Testimonio de las migas,
Seis higas.

Al que de sedas armado,
Tal para Cádiz camina,
Que ninguno determina
Si es bandera ó si es soldado,
De su voluntad forzado,
Llorando de sus amigas,
Siete higas.

Al mozuelo que en Cambray
En púrpura y en colores
Quiere imitar sus mayores,
De quien hoy memorias hay,

Que los rayos de contray
Aforraban en lorigas,
Ocho higas.

A la viuda de Siqueo,
Si no es ya de regadío,
Pues calienta el lecho frío
Con suspiros del deseo,
Ya que son, á lo que creo.
Por novenas sus fatigas,
Nueve higas.

SONETOS

A una rosa.

Ayer naciste, y morirás mañana:
Para tan breve sér ¿quién te dió vida?
¡Para vivir tan poco estás lucida,
Y para no ser nada estás lozana!
Si te engañó tu hermosura vana
Bien presto la verás desvanecida,
Porque en esa hermosura está escondida
La ocasion de morir muerte temprana,
Cuando te corte la robusta mano,
Ley de la agricultura permitida,
Grosero aliento acabará tu suerte.
No salgas que te aguarda algun tirano;
Dilata tu nacer para tu vida,
Que anticipas tu sér para tu muerte.

¡Cuidado!

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no invidiar aquel humor sagrado

Que á Júpiter ministra el garzon de Ida
Amantes, no toqueis si quereis vida;
Porque entre un lábio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas, que al aurora
Direis que, aljofaradas y olorosas,
Se le cayeron del purpúreo seno;
Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

A los celos.

¡Oh niebla del estado más sereno,
Furia infernal, serpiente mal nacida!
Oh ponzoñosa víbora escondida
De verde prado en oloroso seno! [neno,
¡Oh, entre el néctar de amor mortal ve-
Que en vaso de cristal quitas la vida!
Oh espada sobre mí de ur pelo asida,
De la amorosa espuela duro freno!
Vuélvete al lugar triste donde estabas,
¡Oh cielo, del favor verdugo eterno!
O al reino, si allá cabes, del espanto;
Mas no cabrás allá, que pues há tanto
Que comes de tí mismo y no te acabas,
Mayor debes deser que el mismo infierno.

A Guadalquivir, rio de Andalucia.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino,
Ciñe tu frente y tu cabello undoso.

Pues dejando tu nido cavernoso
De Segura en el monte más vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, rando y espumoso;
A mí, que de tus fértiles orillas
Piso, aunque ilustremente enamorado,
La noble arena con humilde planta,
Dime si entre las rubias pastorcillas
Has visto que en tus aguasse han mirado
Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

A María.

Ilustre y hermosísima María,
Mientras se dejan ver á cualquier hora
En tus megillas la rosada aurora,
Febo en tus ojos y en tu frente el día;
Y mientras con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora
Que la Arabia en sus venas atesora
Y el rico Tajo en sus arenas cria;
Antes que de la edad Febo eclipsado,
El claro día vuelva en noche oscura,
Huya la aurora del mortal nublado;
Antes que lo que es hoy rubio tesoro
Venza á la blanca nieve en su blancura,
Goza, goza el color, la luz, el oro.

A la confusion de la córte.

Grandes más que elefantes y que aba-
Títulos liberales como rocas, [das
Gentiles hombres solo de sus bocas,
Ilustre cavaglier, llaves doradas;
Hábitos, capas digo remendadas,

Damas de haz y envés, dueñas con tocas,
Carrozas de á ocho bestias y aun son po-
Con las que tiran y que son tiradas; [cas,
Cata-riberas, ánimas en pena,
Con Bártulos y Baldos la milicia,
Y los derechos con espada y daga;
Casas y pechos todo á la malicia,
Lodos con perejil y yerba-buena:
Esta es la córte; buena pro les haga.

CANCION

Corcilla temerosa,
Cuando sacudir siente
Al soberbio Aquilon con fuerza fiera
La verde selva umbrosa,
O murmurar corriente,
Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafía
Su voladora planta.
Con ligereza tanta
Huyendo va de mí la ninfa mia,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.
El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nudos por la blanca espalda,
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos,
A luchar baja un poco por la falda,
Donde, no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del coturno de oro;

Y así, en tantos enojos,
Si trabajan los pies gozan los ojos.
Yo pues, ciego y turbado,
Viéndola como mide
Con más ligeros piés el verde llano,
Que del arco encorvado
La saeta despide
Del parto fiero la robusta mano;
Y viendo que en mí mengua
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los piés para la lengua,
Y en alta voz le digo:
«No huyas, ninfa, pues que no te sigo.»
Enfrena, oh Clori, el vuelo,
Pues ves que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente;
Ten de tí misma duelo,
Deponga un rato solo
El honesto sudor tu blanca frente.
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellissimo pié nunca ha dejado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.
Ejemplos mil al vivo
De ninfas te pondria,
Si ya la antigüedad no nos engaña,
Por cuyo trato esquivo
Nuevos conoce hoy dia
Troncos el bosque y piedras la montaña;
Mas sírvate de aviso
En tu curso el de aquella,
No tan cruda ni bella,

A quien ya sabes que el pastor de Anfriso
Con pié ménos ligero
La siguió ninfa y la alcanzó madero.
Quédate aquí, cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto;
Que razon es parar quien corrió tanto.

SOLEDADES.

Dedicatoria al excelentísimo señor duque
de Béjar.

Pasos de un peregrino son errante
Cuantos me dictó versos dulce musa,
En soledad confusa
Perdidos unos, otros inspirados.
¡Oh tú, que de venablos impedido,
Muros de abeto, almenas de diamante,
Bates los montes, que de nieve armados,
Gigantes de cristal, los teme el cielo;
Donde el cuerno, del eco repetido
Fieras te expone, que el teñido suelo
Muertas, pidiendo términos disformes,
Espumoso coral le dan al Tórmes,
Arrima á un fresno el fresno, cuyo acero
Sangre sudando, en tiempo hará breve
Purpurear la nieve,
Y en cuanto da el solícito montero,
Al duro robre, al pino levantado,
Emulos vividores de las peñas,
Las formidables señas,
Del oso que aun besaba, atravesado,
La asta de tu luciente jabalina,
O lo sagrado supla de la encina
Lo augusto del dosel ó de la fuente,

La alta cenefa, lo majestuoso
Del sitial á tu deidad debido,
¡Oh Duque esclarecido!
Templa en sus ondas tu fatiga ardiente,
Y entregados tus miembros al reposo
Sobre el de grama césped no desnudo,
Déjate un rato hallar del pié acertado
Que sus errantes pasos ha votado;
A la real cadena de tu escudo
Honre suave, generoso nudo,
Libertad, de fortuna perseguida;
Que á tu piedad Euterpe agradecida,
Su canoro dará dulce instrumento,
Cuando la fama no su trompa al viento.

(1)

JUAN DE JÁUREGUI

SILVA

En la espesura de un alegre soto,
Que el Bétis baña, y de su fértil curso

(1) Hemos publicado esta dedicatoria de *Las Soledades* al Sr. Duque de Béjar, solo como una muestra del lenguaje culto que introdujo Gongora en la poesia de Castilla. Escribió nuestro poeta en este entretenero, oscuro y sutilísimo lenguaje muchas y muy largas composiciones: y aunque se lo censuraron casi todos sus contemporáneos, casi todos participaron más ó ménos de tan extraña aberracion del gusto. ¿Cómo no habia de influir en su siglo aun por sus desvarios un hombre de su talento, que cuando queria manejaba diestra y fácilmente, como nadie, la lengua castellana? Las rimas anteriormente trascritas son, creemos, una prueba del valer de nuestro hombre cuando prescindió de ese afectadísimo lenguaje, que miraba como el único digno de la oda y el canto épico. Sus letrillas, sus sonetos, sus romances, le harán siempre uno de nuestros primeros poetas.

Cobran verdor los sauces acopados,
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados;
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un día,
Porque la ninfa mia
Vi que, emboscada y de recelo ajena,
Ya el cinto desceñido,
Sus miembros despojaba del vestido.
Dejóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La vi correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el hielo,
Y suspendió su brio,
Viéndose en la carrera salteado
Con líquidos aljófares del rio;
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello;
Tal vez la hermosa frente
Sola mostraba de su rostro bello;
Tal con ligeros saltos paseaba
La orilla, y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo, en tan alegre vista embebecido,
Y en los tejidos ramos escondido,
Al cielo con el alma agradecia
Mi desigual ventura,
Y el recatado labio no movia.
¡Ay si mis ojos con igual cordura
Celar pudieran sus ocultas llamas!
Y no que, ansiosos de mirar cercano